

EL TESORO.

SEMANARIO DE LITERATURA, CIENCIAS, ARTES, MODAS Y TEATROS.

8 REALES TRIMESTRE. INSTRUCCION—RECREO.—UTILIDAD. 15 REGALOS CADA MES

SUMARIO.—Fantasías, por don J. M. Marin.—El coquetismo, por Ewem Ker.—La Cruz del Bosque, poesía, por don José F. Sanmartín y Aguirre.—Melancolía, por don M. J. Ruiz.—El otoño, soneto, por don Antonio Alcalde Valladares.—Letrilla, por don L. Taboada.—Víctima del amor, por don Emilio Ayustante.—Lazarillo de nuevo cuño.—Miscelánea.—Charada.

FANTASÍAS, POR J. M. MARIN.

(Continuación.)

SEGUNDA PARTE.

FANTASÍAS DORADAS.

I.

Edda la Rubia.

¡Qué deliciosa eres, Edda!
 ¡Cubres tus hombros con un velo de amarilla seda y el orgulloso de su destino circunda con reflejos áureos tu cuello de marfil!
 ¡Tu mirada parece un rayo de sol!
 ¡Tus rubias trenzas finjen estar compuestas de hebras de oro de Ophir!
 ¡Oh, cuánto te amo!
 Muda y ligera, cruzas ante mí como una *Peri* indiana de alas amarillas perdida entre las sombras de la noche en las selvas salvajes de Sumatra!
 ¡Qué pálida estás!
 ¿Por qué está tu tez tan descolorida? Tu palidez tiene algo de las tintas unidas del Loto y del limonero!
 ¿Me amas?
 Ah! si tú supieras... ¡mi alma es como el fuego!

Sus pasiones son llamas!

Llega á mí: deja que su fúlgido resplandor corone tu frente soñadora...

Si tú me amaras, si tú quisieras ser para mí el ángel de la inspiración, yo, armado con la sin par varilla del idealismo, te ofrecería, creándolos ante tí, mil encantos, mil dones y presentes!

Todos hermosos, todos encantadores; todos amarillos como tú!

Alzaría ante tus ojos palacios encantados con muros de nácar y puertas de oro!

Te presentaría collares de diamantes de tintas anaranjadas, sortijas y pendientes de lípidos topacios!

Te ofrecería trajes esplendentes, cuyas ondas de raso imitasen al fulgor que brilla en tu semblante!

Pondría en los jarrones de tu alcoba ramos llenos de los dorados botones del Aromo!

Te regalaría, presos entre los hilos metálicos de rica jaula, un puñado de esos *colibríes* que se posan en las pagodas chinas en las horas de la tarde y cuyas alas esmaltadas brillan como chispas de carmin y luz!

Te brindaría en copa refulgente el fervido vino que producen las siempre verdes viñas de Campania!...

Te regalaría pomos de ámbar para que los derramaras en tus ropas.

Blancos pebeteros, formados de la espuma de los mares, para que tú quemases incienso y aloe...

Abriría, para tí, las arcas de mil avaros y tendería á tus piés un tapiz inmenso de brillantes onzas!

¿Por qué no me contestas?

La lira del poeta lo puede todo!

A sus ecos, todo se anima, todo surge,
todo existe!

¡Qué hermosa, qué artística es tu ca-
beza de querubel!

Tus rizos, cascada de perfume y oro,
que el aura hace temblar en tu frente de
mármol, no se ven bien sino cuando se
destacan sobre un fondo ardiente, donde
irradien las tintas abrasadoras del desier-
to, ó sobre ígnea nube estrellada de re-
lámpagos!

Ayer te encontré en el bosque de los
naranjos... á tus piés habia una alfom-
bra de hojas amarillentas... la tarde te
envolvía en sus olas de frescura, y el úl-
timo rayo de Febo, cercaba tus sienes
con una niebla de átomos brillantes!...

¡Qué hermosa y misteriosa estabas!

Por la noche, tú fuistes la reina de mis
ensueños!

Soñé que mi pié, sin fatiga, sin can-
sancio, hollaba una llanura inmensa,
sin fin, de menuda y pajiza arena...

De repente, y á pocos pasos llamó mi
atención un punto esplendoroso...

Me incliné: era una piedra preciosa,
grande como no ví ninguna, clara y pu-
ra como ninguna ví: era un topacio real!

Contemplábale deslumbrado, como su-
jeto á fascinador encanto, y sin saber
por qué, de mis lábios se escapaba invo-
luntariamente este grito apasionado!

—Edda! Edda!

La rica piedra empezó á crecer!

Lo creerás? qué prodigio!

Y creció, creció!...

Creció hasta convertirse en una mon-
taña de amarilla luz!

En su vértice, posando solo un pié,
tendido hácia el espacio, en actitud de
lanzarse en airoso vuelo, habia un ángel
de rubia y libre cabellera, que tenía en
sus ojos el amor y en su boca la sonrisa
de la aurora!... y ese arcángel, eres tú!

Tú, sí.

Edda, la niña de las trenzas rubias de
reflejos de oro!

Luego...

Pero á qué decirte lo demás; me miras
y estás muda...!

¿No me oyes?

Te sonries; tu sonrisa es estraña... ¿por
qué no me hablas?

¿Es poco lo que te he ofrecido?

Puedo brindarte mucho mas...

¿Quieres que te cuente mi pasado de
dolores?

¿Quiéres ser la soberana de mi presente
inquieta y sombrío?

¿Quiéres ser la estrella de esperanza en
el brumoso cielo de mi negro porvenir?

¿Quiéres mi vida entera?

¿Quiéres mi alma?

¿Quiéres cuánto poseo?

¿Quiéres, en fin, mi amor?

Habla.

—¡Quiéro una moneda de cinco francos!

(Se continuará.)

EL COQUETISMO.

¿Es una ciencia ó una pasión?

Cuestión es esta difícil de dilucidar,
porque aun la coqueta mas consumada
no podria sacarnos de dudas.

La muger coqueta, decía un autor, es
la actriz de los diferentes círculos socia-
les. Ella desempeña con la mayor facili-
dad todos los papeles necesarios, imitan-
do con una precision admirable todas las
emociones de la vida. Amor, virtud, or-
gullo, servilismo, lágrimas y sonrisas son
sus principales armas: tan pronto brilla
en sus ojos la ruborosa antorcha del ino-
cente amor, como hace oscurecer aquella
preciosa chispa bajo el candente fuego de
una lúbrica mirada. Su orgullo de mu-
ger y de coqueta sufre horriblemente con
la sola idea de una derrota, y pone en
juego todos los medios para evitarla.

No conoce ni ha conocido nunca el
amor, y sin embargo lo pinta con tan
bellos colores que llega á inspirarlo con

la mayor vehemencia aun á los hombres mas desconfiados.

La muger coqueta es sencilla con unos, ligera con otros; es seria, alegre, altiva ó franca, segun la necesidad, pero amable y discreta con todos. El libro que estudia noche y dia es su corazon. Ese corazon que no puede emplear y que la naturaleza ha enriquecido demasiado para que deba morir, ese corazon es lo que agrada, lo que encanta. En lugar de entregarlo adornado de todo su brillo y esplendor y enriquecer con él á un hombre, le reduce á moneda menuda, que reparte entre la cohorte de amantes como por vía de limosna; así es que á fuerza de sacar de su tesoro, al fin llega á apurarlo. La muger aun bastante jóven, busca en el coquetismo un manantial de emociones, con las cuales se entretiene interin dura para ella la edad de las pasiones. Llega por fin el otoño de la vida y entonces vé desaparecer el brillante oropel de su halagador horizonte; desaparecen uno por uno todos aquellos á quien tantas veces engañó, y entónces sola, aislada, siente por primera vez una impetuosa pasion, una necesidad grande de aquel cariño con el cual ha jugado tantas veces. Llegó la hora del desquite entre aquella muger y los hombres á quienes mintió. Vá al fin á recoger el fruto de la semilla que sembró con mano imprudente. Las dudas han gastado su corazon, tanto como lo hubiera gastado el amor. Desconfía de su amante por el conocimiento que tiene de sí propia. El amor es para ella una terrible prueba acostumbrada á pasiones ficticias, ignora el lenguaje de los verdaderos sentimientos; los experimenta, los siente al fin, pero no sabe comprenderlos. Acostumbrada á luchar con todas las probabilidades del buen éxito, la duda la hace sufrir terriblemente. Semejante á la moribunda luz que lanza como por un último esfuerzo su mas vivo destello, lo reúne todo, aficion, ardor, gracia, coquetería, abandono, candor y debilidad, y en medio de tan-

ta riqueza el hombre atónito con aquella multitud de atractivos por tanto tiempo reprimidos, no la comprende y ofende á aquella infeliz muger cuyo pasado se coloca como una acerada valla entre ella y él; mil veces la ha visto ciega, loca, enamorada, ofrecer aquel mismo amor á otros tantos adoradores y basta un momento para olvidarlo completamente. Hoy que su amor es puro, verdadero como el que concibe por primera vez la inocente vírgen y debia hacerla entrever el verdadero Eden de la felicidad, se transforma en su infierno y padece ella lo que ha hecho padecer á todos los demás.

Justo castigo, es verdad; pero si la coquetería que es una imprudencia, es castigada con tanta crueldad, ¿cuál debe ser el castigo de la muger sin virtud?

Ewem Ker.

LA CRUZ DEL BOSQUE.

(BALADA.)

I.

Hay en el bosque una cruz,
Una cruz de tosco leño;
Cerca de ella duerme mi Luz,
Duerme Luz su último sueño.
¡Pobre Luz! De la montaña
Un dia bajóse al prado,
Dejando allí en su cabaña
A su padre abandonado.
Por los jardines andaba,
Los jardines recorria;
Hermosas flores cortaba
Y á su frente las ceñía.
Mas ¡ah! su destino fiero
Internóla entre zarzales,
Donde encontró un caballero
De bellísimos modales;
Ambos allí se miraron:
Ambos ¡ay! se comprendieron,
Amor puro se juraron:
¡Puro amor que se cumplieron!

II.

Partió á la guerra el doncel,
Donde halló muerte gloriosa,
Luchando contra el infiel
Por su Dios y por su hermosa.
Mientras tanto ¡pobre niña!
Constante á su juramento

Recorría la campiña,
Dó hallaba nuevo tormento.
Y en tanto el tiempo pasaba,
Y en tanto el tiempo corría;
La niña se marchitaba,
Pero el doncel no volvía;
¡Hasta que mártir de amor
Aquella niña tan pura,
Tronchóse cual débil flor
Y bajó á la sepultura!

III.

Su humilde cuerpo reposa
Junto á la perdida senda,
Y esculpida en blanca losa
Se vé esta triste leyenda:
*Caminante, si la historia
Sabes de la pobre Luz,
Ruega á Dios le dé la gloria,
Y postrado ante esta cruz
Dá un suspiro á su memoria.*

José F. Sanmartín y Aguirre.

Valencia.

MELANCOLÍA.

I.

Qué poética, qué bella es la noche estival cuando en las risueñas márgenes del Bétis, en cuyos cristales ríela la pálida luz de la luna, aspiramos el perfume de las flores del prado y oímos el suavísimo murmurio de las ondas y el eco dulcísimo de las brisas que suspiran de amor en el nítido cáliz de la delicada azucena!

Cuánta ternura, cuánto abandono, cuánta voluptuosidad vierten en el alma esas horas de paz y de meditación!

Noche, purísimo númen de mis sueños, yo te bendigo!

II.

Qué bello es soñar á la orilla de un río en una noche de luna!

El ángel de la poesía, batiendo sus alas sobre nuestra frente; embellece nuestros recuerdos y cubre de flores nuestros sueños

Qué bello es soñar cuando se ama!

Qué triste es soñar cuando en el diáfano cielo del alma no irradia pura luz la misteriosa estrella del amor, cuando en

el santuario del corazón no ha derramado todavía una muger, flor de eterna primavera, el delicioso perfume de su cariño!

Los sueños son hijos del amor y el amor es nuestra segunda naturaleza.

¡Dichosos los que aman, porque ellos pueden soñar!

III.

Alma mía, ¿por qué estás triste?
¿Dónde volaron, alma mía, las blancas ilusiones que en sus brillantes alas te sublimaron un día al paraíso de la felicidad?

Ah! tus ilusiones... murieron!
Las ilusiones son púdicas sensitivas que cierran su cáliz al soplo de la duda, blancos lirios que abrasa el nudo de los pesares!

El ángel de la melancolía ha vertido sobre tí, pobre alma mía, sus lágrimas de fuego y ha marchitado tus purísimas ilusiones!

¡Llora, alma mía, llora!... El llanto es el único consuelo que resta á los desgraciados!

Qué triste es querer llorar cuando no quedan ya lágrimas que verter!

IV.

Era una noche de luna.

Yo me hallaba á la orilla del Bétis, de ese río que celebraron en magníficos sonetos Góngora y Arguijo; de ese río que oyó los suspiros de las sultanas de Almanzor y en cuyas húmedas riberas tantas veces tañeron sus marfílicas guzlas las voluptuosas hijas del profeta.

¿Qué hacía yo allí?

Soñaba!... Entonces era yo muy dichoso porque podía soñar!

Súbito gimió el aura entre las flores, y una muger cruzó por la arboleda, pura como la brisa de abril, hermosa como la primera ilusión de amor.

Sueta la blonda cabellera que acariciaba amadorado el céfiro; iba envuelta en flotante túnica de blanquísimo tul, que transparentaba sus divinas formas.

Sus ojos destellaron sobre mí un relámpago de amor y sus granáticos labios mur-

muraron en mi oído una de esas palabras que no tienen nombre, que hacen rodar el vértigo por nuestra frente, que encierran en sí todas las delicias del paraíso...

Sentí sobre mi frente su aliento de fuego, y se cerraron mis ojos.

Cuando desperté, estaba solo.... solo con mis ilusiones! Las auras seguían suspirando entre la fronda, las ondas del río murmuraban dulcemente, la luna iluminaba mi frente con sus rayos de plata...

Ella había huido dejando entre mis manos su diadema de ángel.

La corona de la virgen era de blancas rosas, pero rosas sin perfume: mis labios las habían marchitado.... ¡Pobres flores!

M. J. Ruiz.

(Se concluirá.)

EL OTOÑO.

SONETO.

Larga la noche, pesaroso el día,
Llora la brisa en dolorido acento,
El sol va triste y tras su paso lento
Muere la tarde nebulosa y fría.
La luna yace tras la nube impía
Que negra escala su azulado asiento
Y roto el cielo al rebramar del viento
El agua inunda la floresta umbría.
Crugen las ramas que en el árbol quedan
Y capullos, y pétalos, y flores,
Pálidos, secos, por los aires ruedan.
Y lo mismo ¡ay! el alma en sus congostas
Cuando llega al Otoño en sus amores
Mira volar de su ilusión las hojas.

A. Alcalde Valladares.

LETRILLA.

Aquel militar frenético
que apellida al Cid cobarde,
y dice que allá en la guerra
dió pruebas de su coraje,
y que á bravura y firmeza
no hay ninguno que le iguale,
y que tomó tres trincheras,
y su elemento es la sangre,
y otras cosas que horrorizan.
—¿Dirá la verdad? ¡Quién sabe!

Doña Mercedes, señora...
de su casa, muy amable,
que dá *soirees* (sin refresco)
y sale en coche á la calle,
y se arropa, si hace frío,
y es viuda de un *comendante*
y dice *prencipio, mesmo*,
y otras cosas semejantes:

—Por más que tenga dinero,
¿será señora? ¡Quién sabe!

La polla de gesto lánguido
que jamás sale á la calle,
y huye de todos los hombres
porque *son unos infames*;
y dice que el mundo es pésimo,
y que el cláustro es cosa.... grande,
y contesta en monosílabos
y llama de *ustex* al padre,
y no lee porque se peca....
—¿Será muy fea? ¡Quién sabe!

El polluelo perfumado
que escribe *reino con ache*;
pero traduce novelas
y hace versos.... (¡detestables!)
y gasta foques y bombo,
y come y duerme de guantes,
y dá la espalda al proscenio
y solo le gusta el *baile*,
y hace el amor.... sin resultas,
—¿Será tonto? ¡Ay! ¡Quién sabe!

L. Taboada.

VÍCTIMA DEL AMOR.

El débil crepúsculo matinal aparecía nublado con negras tintas.

Y la nieve caía cubriendo con su blanco cendal los montes del lejano horizonte.

La campana de la aldea mezclaba sus lúgubres sonidos con los ecos del cierzo y amontonaba en el suelo las amarillentas hojas de los sauces y almendros.

Una jóven, hermosa cual la majestad de Dios, baja la escarpada pendiente que lleva al valle.

Y va triste, pensativa.
Y no le embaraza la nieve que se opone á su paso, que se confunde con la palidez de su rostro.

Camina y se para; anda y llora; deshace con sus piés la alfombra, y fijó sus ojos en la canchala un suspiro tierno.

Y aquel suspiro no es oído.

Se llama Angela, y es pura como los espíritus celestiales...

¡Pobre niña! ¿A dónde vas?

Marchas temblando mas por el dolor que te agobia que por el frío.

¿Qué te guía? ¿Sin duda el amor?

Ah! ¿Abriga tu tierno corazón algún destello del puro de los querubines?

¡Pobre Angela!

Y llega al valle, y se abre paso entre las secas varas de los arbustos.

No le importa que la nieve aumente; nada le interesa que el vendaval agite su blanca toca, que desordene sus negros cabellos; anda con impaciencia, y cuando llega á una triste plazoleta formada por cuatro almendros, se reclina en un tronco seco y carcomido por los años, cortado quizá por el hacha del leñador ó desgajado por el viento.

Sus mejillas se matizan con el carmin mas puro y elevando sus ojos al cielo que parece negarle su auxilio, hizo que se perdiera un ¡ay! con los ecos del cierzo y al mismo tiempo cayó un copo de nieve en su hechicero rostro que se deshizo al rozar con una lágrima candente que resbaló con rapidez.

Y una hoja seca vino á caer en su falda.

Y aquella hoja la cogió con avidez y pensó.

Hermosa niña, qué piensas? Por qué contemplas con abatimiento esa arista seca y pasada su primavera? ¿Por qué lloras? Un corazón tan puro puede experimentar dolores?

¡Sí! Me lo dicen tus hermosos ojos, arrasados en lágrimas: me lo dice tu mortal abatimiento. ¡Ah! Que cuando un alma dulce como el beso de las auras, pura como acabada de salir de las manos del Criador siente, sufrir, su sensación y su sufrimiento son mas intensos que en otra cualquiera.

¿Y por qué no? El vicio embota la conciencia, enerva las facultades, hace in-

sensible al amor. Todo él se apodera de todo el espíritu, y... cuando llega un placer ó un dolor llamando á las puertas del alma, esta no oye, porque si oye es para el vicio, si respira es para el vicio, si vive es para el vicio. Pero un corazón sin mancha como la rosa de Alejandría que acaba de presentar sus pétalos al benéfico sol, cualquier dolor le siente mas intenso que en realidad es, y disfruta de un placer con tanta mas efusión, cuanto mas pura es el alma que goza.

Por eso Angela llora; por eso está sola y desconsolada, porque el cariño de sus padres la recuerda otro que ella consideraba mas puro, mas embriagador....

Y Angela se levanta, y al entrar en una estrecha calle de mirtos ya marchitos, se conmueve y detiene.

Por fin se decide... y cae inmóvil de rodillas ante una cruz.

Reza y llora, y la naturaleza al contemplar un ángel angustiado, se entristece y llora con ella.

Y sus lágrimas caen al compás de la nieve, matizando de perlas la alfombra de amarillento musgo.

Y todo era silencio, todo contemplación. El mundo contemplaba á la jóven, y la jóven contemplaba la cruz, y Dios desde su encumbrado sòlio, miraba con ternura aquel ángel separado de sus coros.

Un ¡ay! se escapó de sus labios; un pedazo de su alma.

En aquel suspiro se retrataba sin saberlo. Un dolor intenso, una angustia sin medida, una herida mortal, iban á acabar con su espíritu; y ella triste, dolorida, pero con resignación.

Por eso al suspirar Angela dirigió al cielo una melancólica mirada.

Y besa la cruz, se levanta, dirige sus pasos hácia un verde naranjo, y desgaja una de sus ramas, tegiendo con ella una corona.

Se clava las espinas, pero no le importa; su sangre toda se derramaría sin apenas sentirlo.

¡Pobre niña! ¿Quién yace bajo esa cruz!
 Tu amor, tu único amor, me responden tus ojos; tu amor me gritan tus labios sin abrirse; tu amor me dice esa corona que generosa labras y que pones sobre la tierra.

¡Sí! y tú le amas, porque es tu amor; le amas, pues el verdor puro y fresco de las hojas simboliza la pureza de tu pasión divina. Divina, sí, porque un ángel no puede sentir una emoción grosera y terrenal.

.....Y la nieve dejó de caer; y el viento cesó; y el jilguero desató sus trinos de amor, oculto entre el naranjo. Y aquel canto te recuerda las palabras de tu amor; por eso le escuchas. Aun crees oír desde los cielos una voz suave como las de los coros que alaban al Dios de los ejércitos, que te dice: *Te amo*. Por eso piensas. Por eso pensastes al coger la hoja marchita que cayó en tu falda. Porque aquella hoja te recordaba tu amante que en la primavera de su vida se marchitó y con él su amor.

Por fin se levanta y balbucea con ternura y deshecha en llanto: ¡Andrés de mi alma!

Y huye de aquel sitio volviendo la vista como buscando su corazón.

Y trepa la pendiente, y busca un remedio para su dolor, contemplando al sol que mantiene una lucha con las nubes y que al fin vence saliendo al campo del firmamento.

Y vé que á su luz se regocija la naturaleza toda saliendo de su letargo.

Y ella suspira alejándose entre la bruma que forman las nubes huyendo avergonzadas de su derrota.

Poco tiempo después, en un día frío y seco, la campana del lugar anunciaba á los laboriosos campesinos la muerte de Angela.

—¡Pobre niña! Había sucumbido víctima del amor!

Emilio Ayustante.

Madrid.—1868.

LAZARILLO DE NUEVO CUÑO.

Como una prueba mas del admirable instinto de algunos animales, áun de aquellos que parecen mas torpes, referiremos la siguiente anécdota:

En una aldea del Perigord (afortunado país de las trufas), habia una vecina anciana y ciega, que, á falta de mejor lazarillo, aleccionó un pato para que la guiase. El animalito todos los domingos cogia á su señora por un extremo del vestido, que agarraba con el pico, y la llevaba hasta un banco frente al altar mayor de la iglesia. Una vez que estaba orando, se salía el pájaro á la plaza, en donde estaba picoteando lo que podia encontrar; y cuando veía salir á los fieles de misa, volvía á entrar con toda gravedad en el templo, anunciando á su señora su llegada con un graznido *piano*, y volviendo á tomarla por el vestido, la conducía á su vivienda, evitando toda clase de peligros.

Un dia en que el pato y la ciega estaban fuera de casa, llegó á ella un caballero, que, hallando sola á una hija que la ciega tenía, la dijo en tono de sorpresa y reprensión:

—Muchacha, ¿cómo dejas que tu madre vaya sola por esas calles?

—Caballero, si no vá sola.

—¿Pues con quién vá?

—La acompaña un pato.

MISCELANEA.

Dispuestos á alentar por medio de la publicidad á los jóvenes estudiosos, en otro lugar de este número damos cabida al artículo que nos ha remitido don Emilio Ayustante, apreciable joven que ha hecho sus primeros estudios en el instituto de segunda enseñanza de esta capital y en la actualidad sigue la carrera de leyes en la Universidad central. El citado artículo es su primera producción literaria del señor Ayustante y esto le recomienda á la benevolencia de nuestros abonados.

Al dios Apolo pidió
 Don Teodoro muy rendido,
 Inspiracion, y un bufido
 El dios furioso le dió.
 —¿Cómo he de inspirarte yo
 Si eres le génio menguado?
 —Mas, señor, si no me es dado
 Ser de poetas un astro,
 Al menos que sea un poetastro...
 Y el dios le dijo:—*Otorgado.*

Anoche ha dado su última función en el teatro Principal la simpática prestidigitadora Mlle. Benita Anguinet, la cual sea dicho de paso, ha logrado lo que muy difícilmente se logra en nuestro antiguo coliseo: ver ocupadas casi todas las localidades las noches en que ha hecho cumplido alarde de su diabólica habilidad. Y eso en una época en que el pan se vende á 19 cuartos y la carne á 38, lo cual es bastante para desanimar á cualquier prójimo que tenga que atender á la manutención de mas individuos que su propia persona. Dudamos que alcance la misma fortuna la compañía de ópera cuya venida se anuncia.

Aquí á la orden del día
 los pseudónimos están.
 ¡Qué afán por *enmascararse*
 aun antes de Carnavall!

Nuestro distinguido colaborador y amigo el hábil jurisconsulto señor Barón de Fuente de Quinto, ha trasladado su residencia á Madrid, donde, segun nuestras noticias, abrirá su bufete. Le deseamos todo género de prosperidades.

—¡Ay, mi querido Pepe! El amor que siento hacia tí, es cada vez mal *volcánico*.

—¡Ay, mi adorada Conchita! Mejor hubieras dicho que tu amor es *balcóncico*, pues para hablarme necesitas pasar día y noche en el balcon.

Como á pasos de gigante
 se acerca la Candelaria,
 de la alegre romería
 se ocupan ya las muchachas.

Damos las mas espresivas gracias á nuestro es-

timado colega *Esplandian* por el benévolo concepto que le merece nuestra modesta publicación. Nosotros, haciendo merecida justicia á nuestro cofrade, creemos deber recomendarlo á las personas amantes de las Bellas letras, como una de las publicaciones que mas se distinguen en el ameno campo de la literatura.

EL TESORO, que no tiene el mal gusto, como *La Crónica*, de calificar á nadie de *quinto*, *pavo* ni *grillo*, y que sabe respetar á las personas, cualquiera que sea su posición social, no se rebaja hasta el extremo de convertirse en *incensario* ni incurre en la *inconsecuencia* de quemar hoy lo que *adoraba* ayer, como de antiguo viene haciéndolo el periódico de la calle del Cister. Cuestion de temperamento y de *lealtad*. EL TESORO, porque procede sin *pasión*, da á cada cual lo que se merece. Esto es todo.

Se nos remite la siguiente solución á la charada inserta en el número anterior:

Sin mirar el diccionario
 Ni ser tampoco poeta,
 Acerté... por la veleta

Tu charada CAMPANARIO;

Jerez, Enero 16 de 1868.

CHARADA.

Primera y cuarta es el nombre
 de la niña que yo quiero;
 con terciá y dos en mi casa
 yo la entrada me franqueo;
 en la ciudad y en el campo
 la prima y segunda vemos,
 que, aunque en libertad nacida,
 suele morir entre hierros;
 de prima, segunda y cuarta
 mi campo sembrado tengo,
 y es una fruta mi *todo*
 que gastan los confiteros...
 Para que pronto la aciertes
 darte mas datos no puedo.

Bertoldo.

Editor responsable, D. Abelardo Diaz.

CÓRDOBA:—1867.

Imprenta de *El Guadalquivir*, Pescadores, 17.